

Maria Susana Pataro (Miembro de FUUP)

Antropóloga y diplomática de carrera.
Embajadora argentina en Nigeria, Benin,
Camerún y Republica del Congo



Nacidos para ser libres

Por: Maria Susana Pataro (Argentina)

Abuja, Septiembre de 2010

Los bonobos y chimpancés de las imágenes no son mascotas. Son huérfanos cuyos padres han sido cazados y ellos recogidos en santuarios para su rehabilitación.

Hace exactamente cincuenta años una joven británica sin más bagaje académico que su pasión por el África y los animales desembarcaba en Tanganyka (actual República Unida de Tanzania) para iniciar una de las aventuras científicas más apasionantes del siglo XX. Un día, mientras desde lo alto de una colina, seguía con sus binoculares el deambular de un chimpancé adulto en busca de comida lo observó tomar delicadamente entre sus dedos una ramita, despojarla de sus hojas e introducirla suavemente en un termitero, ayudándose de ella como si fuera una suerte de cuchara, para extraer las hormigas e introducirlas en su boca. El episodio no era banal porque en aquellos años aún se pensaba que sólo el hombre era el único ser viviente capaz de fabricar y usar herramientas. Cuando la joven en cuestión, que no era otra que Jane Goodall, le comunicó este episodio a su mentor, el paleontólogo Richard Leakey, su reacción fue contundente: “*O bien hay que redefinir al hombre, redefinir lo que es una herramienta, o aceptar que los chimpancés son humanos...*”.

Hoy sabemos que nuestras semejanzas con los chimpancés – con quienes compartimos el 98,7% del ADN - son enormes; desde la hemoglobina hasta las huellas dactilares, las relaciones madre e hijo, la capacidad de sufrir, de hacer duelo por la muerte del prójimo, de abrazarnos cuando estamos atemorizados, de formar alianzas políticas, de planificar el futuro y hasta de eliminar físicamente a alguno de nuestro grupo.

Un espejo empañado por la bruma del tiempo

Nuestra cercanía con los chimpancés es comprensible ya que hace unos 6 millones de años compartíamos un mismo ancestro. Las condiciones climáticas que se abatieron sobre los bosques tropicales obligaron a algunos a partir en búsqueda de recursos a otros sitios dando origen posteriormente al linaje del *Homo sapiens*, que se dispersó paulatinamente por el resto del planeta, en tanto que otros permanecieron en el África. Algunos científicos consideran que en razón de esa cercanía genética las clasificaciones que separan hombres y chimpancés deberían ser relativizadas.

Esta proximidad genética tiene implicancias tanto en el plano científico como en el de la comprensión de nuestra propia naturaleza. A través del estudio del comportamiento de los chimpancés podríamos llegar a saber si aspectos importantes de nuestras capacidades mentales reflejan una herencia evolutiva ancestral o si, por el contrario, se trata de rasgos que aparecieron ulteriormente o fueron socialmente adquiridos por nuestro linaje.

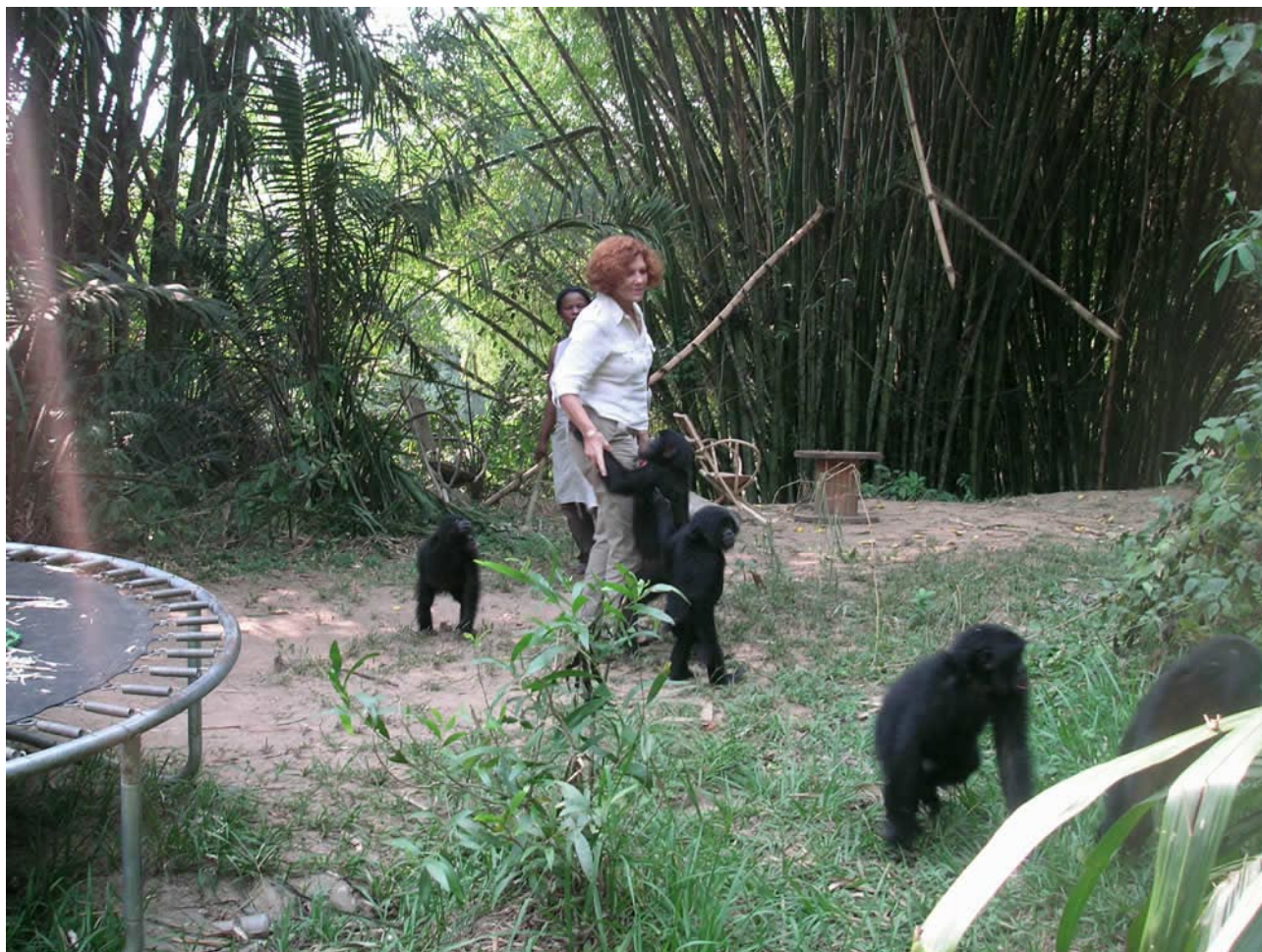
Sin embargo se corre el riesgo que esas preguntas queden por siempre sin respuesta. En efecto, en el lapso de 100 años la población africana de chimpancés, que se calculaba era entonces de 2 millones de individuos, ha decrecido en un 90% y hoy no llega a los 200.000. Producto de la deforestación, la caza ilegal de carne salvaje y el tráfico de animales vivos, su extinción amenaza con dejar al hombre huérfano de su pasado.

En el curso de los últimos 30 años, y merced a la pasión y el empeño de un puñado de personas excepcionales en distintos países del África, y aun en el fragor de luchas fratricidas, de privaciones y del escepticismo cuando no de la incomprensión, comenzaron a surgir santuarios para recuperar estas criaturas maravillosas, rehabilitarlas, devolverles su dignidad y, sobre todo, su libertad. También para trabajar en la educación y sensibilización de las comunidades y en la conservación de su hábitat.

Los santuarios son centros de rehabilitación y no deben confundirse con los zoológicos donde los animales son exhibidos principalmente para distracción de la gente.

El ángel de los bonobos

Claudine André es lo más alejado de la imagen tradicional de una conservacionista de pantalones sucios, zapatos abotinados y pelo sostenido con un palito. En la atmósfera apacible del comedor de su casa, en un barrio residencial de Kinshasa, capital de la República Democrática del Congo (RDC), una elegante Claudine nos recibe con una voz que fluye dulcemente, aún cuando evoca los momentos más trágicos de la historia de la RDC, a la que llegó desde su Bélgica natal a finales de la década de los cuarenta con solo tres años.



Claudine André en la nursery rodeada de bonobos

En los años noventa, mientras trabajaba como voluntaria en el zoológico de Kinshasa esforzándose en aliviar las penurias de los animales mal alimentados y encerrados en celdas minúsculas, se produjo un acontecimiento que transformaría profundamente su vida. La llegada de un bebe bonobo de nombre *Mikeno*, en condiciones lamentables y casi al borde de la muerte, produjo en ella tal impacto emocional que no sólo lo salvó sino que comenzó a interesarse por otros de su especie en idéntica situación. En 1998 nacería el primer, y único, santuario de bonobos del mundo.

Lola ya bonobo

En lingala, una de las lenguas del país, significa “*el paraíso de los bonobos*”, lugar sagrado donde nunca más se padecerá miedo, hambre ni sed. Y ciertamente esta propiedad de 35 hectáreas a una hora de Kinshasa, capital de la RDC, es un pequeño paraíso donde la tranquilidad sólo es interrumpida por el murmullo de la pequeña cascada del río Lukaya, el canto de los pájaros y el chillido agudo de los 50 bonobos residentes.

El ex Presidente del Zaire, Mobutu Sese Seko, solía descansar allí aprovechando la proximidad de la capital y la belleza y tranquilidad del lugar. Afortunadamente, y a pesar de los avatares de la historia congoleña, el sitio conserva esos rasgos e incluso sus instalaciones fueron mejoradas y adaptadas para servir de hogar a los bonobos huérfanos que son decomisados y entregados en custodia a la institución así como para actividades educativas y científicas. El santuario, en efecto, tiene acuerdos para investigaciones no invasivas con varias entidades académicas, como el Instituto Max Plank (Alemania) y la Universidad de Duke (Estados Unidos de América del Norte).

Los “hippies” de la selva

Hasta el año 1933 ningún europeo conocía la existencia de los bonobos hasta que Ernst Schwarz, un anatomista alemán, cayó en la cuenta que el cráneo que sostenía en sus manos no pertenecía a un chimpancé joven sino a una especie distinta a la que denominó *Pan paniscus*, la que se separó del chimpancé – *Pan troglodytes*-, hace menos de un millón de años.

La palabra “*bonobo*” proviene de un dialecto bantú y significa “*ancestro*”. El bonobo vive exclusivamente en la República Democrática del Congo, en una jungla densa e impenetrable de aproximadamente 200.000 Km comprendida entre los ríos Congo, al norte, y Kasai, al sur. Sus diferencias morfológicas respecto del chimpancé son marcadas: más grácil y pequeño, de labios rosados y rostro negro diferente del rostro pálido de los chimpancés jóvenes.

Pero lo más llamativo – e interpelador para los humanos – es su estructura social tolerante, dominada por las hembras – que suelen formar entre ellas poderosas alianzas – y por el papel fundamental del sexo en la regulación de los conflictos y en las relaciones sociales en general. Cuando un grupo de bonobos descubre comida se produce una gran excitación pero, en vez de competir y agredirse, se lanzan a una especie de orgía donde todo el mundo – sin distinción de sexo ni de edad - intercambia favores sexuales. Al cabo de un rato sobreviene la calma y todos disfrutan pacíficamente de la comida. Situación inimaginable entre los chimpancés. Y tampoco entre los humanos.

Pero lo más importante en su comportamiento no es la práctica frecuente del sexo sino el hecho que los bonobos no se maten entre ellos. Y este es el punto que más interesa a un grupo de investigadores de la Universidad de Duke que ve en esta conducta de nuestros más próximos parientes la punta del hilo que nos podría conducir a desentrañar las claves de la violencia y de su superación.

Los bonobos viven en comunidades numerosas y ello los hace presa fácil de los cazadores ilegales. Una vez eliminados los adultos y su carne utilizada en los mercados locales se procura vender a los más pe-



Bebe tomando su biberón



Mama Micheline con el bebe más pequeño del Santuario

queños como mascotas lo que los condena a una muerte casi segura. Cuando las autoridades detectan estas situaciones los bebés son confiscados y entregados al santuario donde llegan en condiciones calamitosas de “stress” y deshidratación. Aquí es donde las “mamá”, cuidadosamente seleccionadas y entrenadas por Claudine André, juegan un papel fundamental: acompañarlos, alimentarlos, jugar con ellos, cantarles y, en suma, devolverles el deseo de vivir. Salvo algunas excepciones, los éxitos son alentadores y el clima de la “nursery” es un canto a la vida.

Junio de 2009 marcó un hito en la historia del santuario: un grupo de 10 bonobos cuidadosamente seleccionados fue devuelto a la libertad en la región de Basankusu, a unos 800 km del santuario, lo que comporta identificar un hábitat adecuado, la sensibilización de la población local y, posteriormente, un esfuerzo sostenido para asegurar trabajo y educación a la gente del lugar. Ellos son los únicos que podrán asegurar que los bonobos vivan en libertad, se reproduzcan y, eventualmente, se conviertan en una fuente de recursos a través del ecoturismo.

<http://www.lolayabonobo.org>

La pasionaria de los chimpancés

Muchas personas ignoran que hay dos países diferentes que llevan el nombre de Congo. La República Democrática del Congo – que fue colonia belga hasta 1960 – y la República del Congo – que lo fue hasta la misma fecha pero de Francia -. Sus capitales respectivas, Kinshasa y Brazzaville, están separadas por el río Congo y un tráfico cotidiano de barcazas y de lanchas las conecta. Atravesar el río Congo de esta manera comporta una experiencia colorida, y por momentos algo agitada, que se sabe cuando comienza pero no muy bien cuando va a terminar tantas son las formalidades que hay que cumplir.

En Punta Negra, segunda ciudad del país y centro de la industria petrolera, también por obra del destino, tuvo su punto de partida una experiencia única- y poco conocida en el mundo – de reintroducción exitosa de chimpancés huérfanos a la vida salvaje. Su “*alma mater*” se llama Aliette Jamart.

Oriunda de Montpellier, Francia, Aliette se estableció en la República del Congo en 1964 y desde entonces nunca se movió de este lugar que se convirtió en su patria de adopción. Tiene reputación de ser una persona dura; su rostro agudo, su mirada escrutadora y sus frases cortantes intimidan. Con el correr de los días esta impresión se disipará y una naturaleza increíblemente generosa y apasionada surgirá a la luz del día.

H.E.L.P. Congo

En 1989 Aliette se topa en una calle de Punta Negra con un bebé chimpancé huérfano. Sus padres han sido abatidos y el bebé abandonado. Aliette intentará acercarse en busca de ayuda al zoo de Punta Negra donde constata las condiciones deplorables del establecimiento y comienza a familiarizarse con el drama de los chimpancés. Nace entonces una pasión que la acompaña hasta hoy.

Intuyó que la única manera de salvar a esos chimpancés, una vez rehabilitados, era devolverlos a la vida salvaje. Y así concibió una ONG que trabaja en lo más profundo de la selva congoleña, *H.E.L.P Congo (Hábitat, Ecología y Libertad de los Primates, en*



Aliette Jamart



francés: Habitat, Ecologie et Liberté des Primates), donde en 1991, y en consulta con las autoridades congoleñas, identificó un terreno ideal dentro del Parque Nacional de Conkouati Douli, en la frontera con Gabón. Tres islas en una laguna y un territorio, conocido como el “*Triangulo*”, dieron forma a una experiencia única en su género.

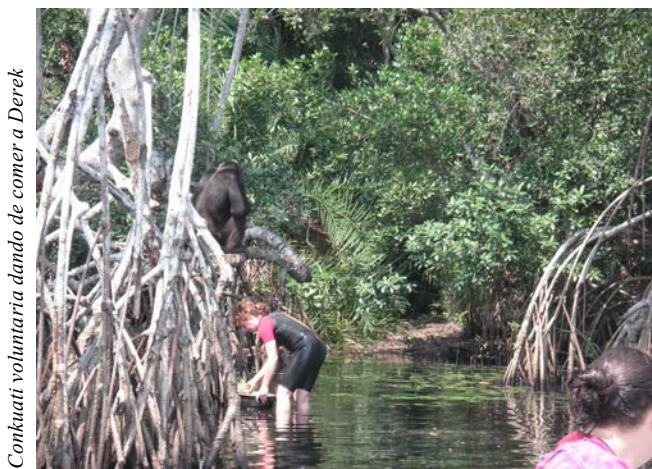
El trayecto entre Punta Negra y Conkouati demanda unas cinco horas de viaje por una carretera nacional paralela al mar surcada de profundos bancos de arena. En un punto se hace necesario atravesar un río para lo que la sufrida pick up debe treparse a una oxidada plancha transbordadora tirada por cuerdas que comunican ambas orillas.



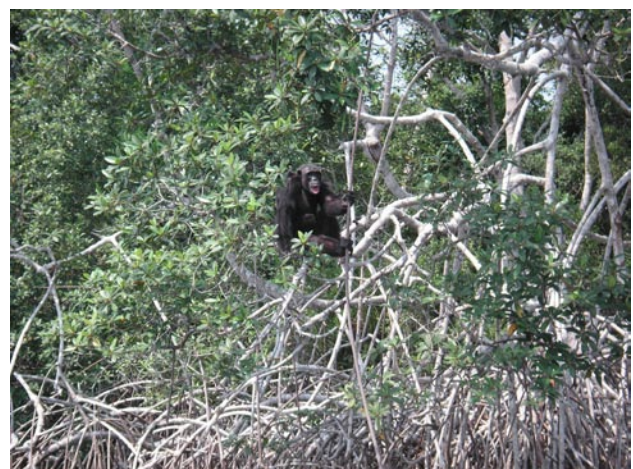
Camino de Punta Negra a Conkouati

El campamento está constituido por unos pocos bungalows de madera sobre pilotes dotados de comodidades básicas. La reintroducción comprende una etapa previa en la que los chimpancés, según sus edades y características, son distribuidos en dos islas donde comienzan el proceso de readaptación a la vida natural antes de su reintroducción en la selva. Las islas les brindan algunos alimentos pero no todos y es por eso que los voluntarios, junto con algunos trabajadores, tres veces al día atraviesan la laguna en bote con canastas flotantes cargadas de frutas y verduras. Llegados a cierta altura los motores enmudecen y los voluntarios nadan hasta la orilla donde, de manera selectiva, comienzan a dar los alimentos a cada individuo respetando las jerarquías y etiqueta de la sociedad chimpancé lo que implica comenzar siempre por el macho alpha.

El espectáculo es fascinante. Los chimpancés, familiarizados con el ritual cotidiano, al escuchar la voz de los cuidadores comienzan a aparecer entre la vegetación tomando posición entre las raíces de los manglares. Una voluntaria, enfundada en su traje de baño, llega nadando a la orilla y delicada y prudentemente acerca con su mano trozos de sandías, mangos y bananas a la mano de Derek, un macho adulto de 15 años, recogido por Aliette cuando era un bebe de meses.



Conkouati voluntaria dando de comer a Derek



Conkouati Chimpanzee instalado en un manglar

En las islas los chimpancés iniciarán el arduo camino de reaprender a vivir en la naturaleza como lo que son, criaturas salvajes, formando grupos homogéneos bajo la conducción de un macho alpha. Los que se

muestren muy agresivos o que sean demasiados mayores para comenzar una nueva vida nunca serán reintroducidos.

En diez años el Proyecto ha tenido resultados espectaculares: más de un centenar de chimpancés huérfanos rehabilitados, de los cuales alrededor de 40 reintroducidos en la selva, y más de 10 nacimientos en el medio natural; amén de programas de educación ambiental y misiones científicas.

<http://www.help-primates.org>

Madre se necesita para 150 hijos

Fue precisamente en *Conkuati*, donde estaban haciendo un voluntariado, que cuatro años atrás dos jóvenes españoles, Rebeca Atencia y Fernando Turmo, tuvieron un encuentro que transformó sus vidas. La célebre primatóloga británica Jane Goodall deseaba reorganizar el Santuario creado por ella en *Tchimpounga* y pensó que eran las personas ideales. Los entrevistó y desde el 2007 Rebeca, una veterinaria gallega de 33 años, es la Directora del *Centro de Rehabilitación de Primates de Tchimpounga* y su marido Fernando el encargado de la educación y documentación. El Centro, con 150 chimpancés huérfanos, es el mayor santuario de primates del África.



Fernando Turno, Susana Pataro y Rebeca Atencia

Tchimpounga

Tchimpounga fue fundado en 1992 por Goodall contra viento y marea ya que la opinión de muchos investigadores era que no valía la pena gastar dinero en un proyecto de estas características. Opinión que nunca fue compartida por Jane, para quien abandonar un chimpancé huérfano a su suerte – es decir a una muerte casi segura - no ha sido ni es una opción. Tampoco lo es para Rebeca que vive las aventuras más increíbles cada vez que debe ir a rescatar un bebe.

De aspecto frágil, cutis terso y voz dulce, Rebeca es capaz de conducir una pick up por los caminos más tortuosos, navegar por un río torrentoso o escapar de un elefante furioso en la selva de Conkuati. Veterinaria de formación, tiene la rara virtud de haberse especializado en grandes simios lo que la hace especialmente apta para su trabajo. Es capaz de realizar complejas intervenciones quirúrgicas en chimpancés adultos, efectuar controles médicos en gorilas de 200 Kg y cargar sobre sus hombros una chimpancé adolescente anestesiada.

Rebeca y Fernando trabajan de sol a sol. A veces ni se acuerdan de comer y cuando ello sucede pellizcan un poco de queso de cabra y un yogurt para continuar con el trajín. En julio parten de vacaciones a España para retomar contacto con la familia, dar conferencias y sensibilizar al público de su país sobre los estragos de la deforestación y el tráfico de animales salvajes.

Rebeca es la única persona dentro del Santuario que conoce la vida de cada uno de los 150 residentes. Los hay de meses, como Olombo, una beba que pocas semanas atrás asistió al descarnado espectáculo de una madre acribillada, trozada y ahumada ante su mirada sensible e inteligente mientras ella caía desde el árbol fracturándose el fémur. Se necesitarán muchos cuidados para que Olombo se recupere de esa visión traumática y pueda algún día ser rehabilitada y volver a la vida salvaje. Otros, con 25, 30 años nunca podrán ser reintroducidos en la naturaleza.

Un excepcional “staff” local secunda a Rebeca y Fernando en la gestión del santuario donde no existen feriados ni fines de semana y donde a cada rato deben tomarse decisiones. Un bebe chimpancé con tos y temperatura sin atención médica inmediata puede morir en 24 hs. El bienestar físico y emocional de cada uno de los 150 residentes de *Tchimpounga* constituye un desafío cotidiano al igual que su preparación para el



Rebeca Atencia brinda los primeros cuidados a un chimpancé en estado de choc © JGI

eventual retorno a la vida natural. Pero un desafío no menor es la sensibilización y educación, especialmente de los más jóvenes, en la valoración de lo que constituye una de las mayores riquezas del Congo: su excepcional biodiversidad.

<http://www.janegoodall.org>

¿Qué futuro para nuestra familia y para nosotros?

Los santuarios son sólo la punta de un “iceberg” que encierra varias cuestiones:

- 1) la **deforestación**, producto del comercio ilegal de maderas exóticas destinadas principalmente a los mercados europeos y asiáticos, con efectos devastadores sobre los ecosistemas tropicales;
- b) el **comercio ilegal de especies para usarlas como animales de compañía**, con consecuencias dramáticas en las comunidades de primates que son seres sociales por excelencia, y
- c) el **tráfico de carne salvaje**, facilitado por la apertura de espacios selváticos antes inaccesibles, que terminará no sólo en mercados locales sino en restaurantes de Bruselas, París o Nueva York, con los graves riesgos que comporta para la difusión de enfermedades.

Sumergirnos en la realidad de los santuarios de grandes simios es tomarle la temperatura a nuestro planeta, interpelarnos sobre nuestra responsabilidad hacia el África y sobre nuestro propio futuro como especie.

Susana Pataro, 2010